

Le quitó el pañuelo que cubria el rostro.
Fijó la vista en él, y dejó escapar una
exclamacion de asombro.

¿Qué habia visto?

¿Quién era aquella mujer?

CAPITULO VI.

La enferma del corazon.

Dejemos por un momento á Rafael sorprendido á la vista del helado cuerpo de la desgraciada cantinera, y trasladémonos á otro sitio donde nos esperan otros personajes de nuestra historia.

Hace algunos dias que Clotilde no sale de su alcoba.

Retirada en Texcoco, sin poder marchar á la capital, á causa de la revolucion de Polkos y Puros, que continuaba teniendo á la poblacion en incesante alarma, los dias eran para ella otros tantos siglos de amargura y de lágrimas.

Sabia que Leopoldo, el objeto de todo su

carino, de todo su amor, habia tomado parte en aquel pronunciamiento, y temia por su vida.

La infeliz carecia de noticias suyas, y su espíritu alarmado de continuo con el temor de la muerte de su amante, aumentaba su tristeza y destruia mas y mas su delicada salud.

Cada cañonazo, cada tiro de fusil que salia de las filas contrarias, le parecia que estaba destinado á destrozár el pecho del único hombre que amaba sobre la tierra.

Clotilde era una de esas jóvenes de naturaleza tierna y sensible, flores brillantes que viven con el sol, que se descoloran, se inclinan sobre el tallo, palidecen y mueren con su ausencia.

Desde que D. Emilio le habia dicho que era preciso renunciar á las dulces ilusiones inspiradas por el sér que era el imán de todas sus ideas, la infeliz cayó en aquel profundo abatimiento que iba apagando poco á poco su vida, como se extingue la luz de las estrellas al anuncio de la tempestad que vela la esplendente bóveda del cielo.

Cierto es que la esperanza, esa dulce amiga del hombre desgraciado, revivió de nuevo en su corazón virginal al escuchar de los labios de D. Emilio palabras que le hacian entrever un porvenir de gloria y de ventura, si por fortuna llegaba á resplandecer puro y sin mancha el honor del padre de Leopoldo; pero á esa esperanza se asociaba el temor que le inspiraba la presencia constante de Duval, la íntima amistad que le dispensaba su protector, y la inquietud de que triunfasen sus negras maquinaciones de la verdad y de la honradez que militaban en pro de su sensible amante.

Leopoldo estaba ausente, no podia acercarse á ella interin la honra del autor de sus dias permaneciese empañada por la calumnia; Duval, por el contrario, estaba á todas horas á su lado, mortificándola con su amor, robusteciendo en D. Emilio, con nuevas calumnias, la idea de infamia contra el padre de su rival, destruyendo con bajas adulaciones y argumentos hipócritas, las razones que el anciano D. Manuel esponia para creer en la inocencia de Cabrera, y alejando de

esta manera el momento del triunfo de la verdad sobre la mentira.

Landeta no dudaba de la sinceridad del antiguo principal de Nuñez; pero sí temía, porque así se lo había hecho sospechar Duval, que, llevado de los sentimientos de su noble corazón, podía haberse inclinado á creer en la inocencia del padre de Leopoldo, llevándole aquel noble sentimiento, hasta preocuparle con que había encontrado en México al verdadero criminal. Las señas, en efecto, como tuvo buen cuidado Duval de hacerle notar, no correspondían con las del que se presentó á cobrar las libranzas en Guadalajara. Landeta, pues, esperó á que terminada la revolución de México, D. Manuel le hiciese conocer al hombre que decía era el criminal; y como Duval se creía ya seguro de que no podía ser denunciado, trabajaba activamente por hacer pasar como un delirio el aserto de D. Manuel.

Clotilde, pues, veía alejarse la esperanza que apenas vertía una débil luz en el acongojado corazón de la hermosa. Aquella débil luz de la esperanza era la lámpara que

agoniza en medio de las sombras que proyectan las altas paredes de un inmenso cuarto.

Don Emilio que, engañado por el infame doctor, había concebido lisonjeras esperanzas respecto á que los aires de Texcoco devolverían á su hija la quebrantada salud, la vió empeorarse día á día, y alarmado por esta circunstancia, anhelaba que terminase la revolución para volverla á llevar á México.

Pero esto precisamente era lo que no quería Willey, y lo que temía Duval.

El primero, cuyo pensamiento dominante era el de marchar á Europa antes de que la justicia llegase á descubrir la vida que habían llevado, indicó á Landeta un medio que dijo juzgaba daría el resultado de volver la salud á Clotilde.

Aquel medio era que hiciese un viaje á Italia con su protegida, donde la vista de nuevos objetos, los salutíferos aires que respiraría, la admiración de las diversas costumbres y los animados paseos, le pro-

porcionarian una no interrumpida distraccion, tan indispensable para curar su enfermedad.

Tanto y tantas veces le repitió esto, y tanto le hizo creer que con solo este viaje se alcanzaria lo que las medicinas era imposible lograsen mientras estuviese cerca del hombre que amaba, que D. Emilio, inclinado á la vez á visitar un país del que tan bellas descripciones le hacia Willey, se resolvió al fin á verificarlo, siempre que no encontrase en Clotilde una tenaz resistencia.

Para que nada se temiese en la navegacion con respecto á la salud de Clotilde, el doctor se ofreció á acompañarles para aplicarle las medicinas mas convenientes, y ofreció que Duval marcharia con ellos, pues abrigaba la esperanza de que la ausencia haria que Clotilde sintiese mitigarse su passion hácia Leopoldo, y premiar el afan y el amor de un hombre que no habia excusado sacrificio ninguno por hacerse digno de alcanzar su mano.

Landeta, que no veía ni ansiaba otra cosa

que la salud de su hija, convino en todo, y animado de las mas lisonjeras esperanzas, penetré en la alcoba de su triste protegida, quien con la dulzura y el cariño paternal mas intensos, le expuso lo que habian pensado.

Clotilde sintió que el frio de la muerte discurria por sus delicados miembros, y se estremeció de espanto al escuchar aquella fatal nueva.

—No, padre mio:—exclamó inquieta y sobresaltada la jóven.—Prefiero la muerte á ese largo y penoso viaje. ¡Ah! si es cierto que me ama vd.... si es cierto que no he desmerecido su cariño.... que aprecia mi vida.... yo le ruego á vd. que no me arranque del país en que he nacido y en el que quiero que descansan mis cenizas.

—¿Dudas que lo hago por tu bien, que lo hago por salvarte, porque recobres la salud y la alegría, porque dejes de sufrir y padecer?

—No, no dudo que le guía á vd. el deseo de mi felicidad; pero el resultado seria contrario á ese deseo. Sí, padre mio, contrario.

En vano se trasplantaria á otro terreno la flor en cuyo corazon se oculta el gusano que la corroe.... Moriria sin remedio. Los males del alma no se curan con el cambio de clima, y los míos están encarnados en ella. Vd. lo sabe, padre mio.... vd. lo sabe mejor que nadie... vd., que lleno de bondad y de amor hácia mí, suspendió el fatal enlace que hubiera sido el martirio constante de toda mi vida.... ¡Ah! ¡y querrá vd. hoy.... hoy que está ya próxima la aclaracion de la inocencia ó de la criminalidad del padre de Leopoldo; cuando ese venerable anciano, ese íntimo y antiguo amigo de D. Manuel, le ha asegurado que era inocente, destruir la esperanza que me alimentaba, y alejarme á dos mil leguas del hombre á quien ha prometido vd. mi mano, si el sol de la verdad desvanece la mancha que la calumnia echó sobre el honor de su familia? No; eso es imposible.... Vd. no puede obrar en contradiccion abierta con su palabra.... No; su corazon de vd. es demasiado noble para cometer un acto de injusticia. Le prometí á vd. unirme al hombre que no he amado

antes, que no amo ahora, que no podré amar nunca, si no queda limpio el apellido de Cabrera, y estoy dispuesta, resignada, á consumir el sacrificio, sin pronunciar una queja, sin exhalar un suspiro. ¿Por qué, pues, no se me ha de conceder el derecho de esperar cerca del hombre que amo, la solucion de este asunto, del que aguardo la felicidad de toda mi vida, el restablecimiento de mi salud y la dicha suprema de este mundo?

—No; yo no pretendo faltar á mis compromisos. Mi deseo no es otro que el de esperar viajando y recobrando tu salud, lo que esperamos aquí mirándote sufrir y temiendo por tu vida.

—Y vd. cree que viajando la recobraría! Dijo Clotilde con débil acento, y dejando asomar á sus lábios una leve sonrisa de incredulidad.

—Al menos me han hecho concebir lisonjeras esperanzas para creerlo así.

—¡Esperanzas que se desvanecerian como el humo!

—No, hija mia.

—¿Y quién ha podido inspirárselas á vd?

—Tu médico.

—¿El doctor Willey!—Dijo la jóven con aire despreciativo.

—¿Dudas de su ciencia?

—La ciencia es impotente para hacer corazones: todos los sábios del mundo no podrán darme otro del que tengo.

—Pero sí conocer sus males y el remedio para curarlos.

Clotilde movió lánguidamente la cabeza indicando duda.

—¿No tienes fé en un médico que ha dedicado toda su vida al estudio de las dolencias humanas y á la manera de combatir las?

—¿Qué fé puede inspirarme quien una vez ha fallado en su pronóstico? ¿No aseguró que mi salud se restableceria tan luego como abandonase la capital y me trasladase á Texcoco? ¿Pues quién me asegura que mi marcha á Europa no tendria el mismo resultado? Aquí mi enfermedad ha cobrado creces en vez de disminuir, y se trata de volver á México, tan luego como la revolucion termine, para disminuir mis dolencias;

pero ¿podrá verificarse lo mismo, si á dos mil leguas de distancia, mis males van en escala progresiva? No; entonces seria imposible reparar el errado cálculo del facultativo, y me veria condenada á espirar lejos de la dulce patria en que he nacido, y á mirar mi tumba abandonada de los séres que mas amo sobre la tierra!

Don Emilio se enterneció con aquella triste consideracion de la afligida expósita, y no supo qué contestar á su observacion, que la encontró muy justa y lógica.

Sin embargo, aconsejado del intenso cariño que le consagraba, y tratando de no omitir nada que se le indicase podria contribuir al logro de su salud, se atrevió á decirle:

—¿Y si por casualidad en ese viaje que rehusas emprender estuviese realmente el término de tus dolencias físicas, no seria un crimen renunciar, por una simple duda que te asalta, al inapreciable bien conque te brinda?

—¿Padre mio.... padre mio! ¡yo le suplicó á vd. que desista de esa idea! Mi présago

corazón me anuncia que los preparativos de ese viaje serian el prólogo de mi agonía, de mi próxima muerte!

Y el rostro de la fligida jóven se cubrió de una palidez mortal, su pecho se oprimió como si hubiesen colocado sobre él una plancha de hierro, y una tos seca, producida por la fatiga de la conversacion, hizo asomar á sus pálidos lábios una gota de sangre.

Don Emilio se alarmó con aquella terrible prueba de los padecimientos de su hermosa protegida, y conoció que no debía continuar por entonces un asunto que tanto la afectaba.

—Hija mia—le dijo con paternal dulzura y estrechando entre sus manos una de la afligida jóven:—tranquilízate: mi ánimo no es violentar tu voluntad: apreciaria sí, por lo mismo que te quiero, que te resolvieses á dar ese largo paseo que te he indicado, porque creo que en él recobrarías tu salud. Seria una prueba que me patentizaria una vez mas tu deferencia y tu cariño hácia mí; pero de ninguna manera quiero que sospe-

ches que trato de ejercer mando ninguno que pueda coartar tu libre voluntad. Medita, pues, mi proposicion, que no es otra cosa que el eco de la opinion del entendido facultativo que te asiste; y si la crees justa, si te parece que ese viaje podrá dar el resultado favorable de que se lisonjea el doctor, haz un esfuerzo para emprenderlo en obsequio de tu apreciable salud, en la cual todos estamos interesados. Adios, hija mia: te dejo para que medites tranquilamente sobre lo que mas conveniente juzgues á tu bien. Mi deber era proponerte cuanto se me haga entender puede contribuir á poner término á tus males; en tu mano está ahora admitir ó desechar.

Y D. Emilio, haciendo una dulce caricia á la inconsolable enferma, salió de la alcoba enviándole una mirada de paternal compasion y de celestial ternura.

La desdichada Clotilde, al verse sola, desahogó en copioso llanto la intensa pena que le oprimia el corazón, y que habia contenido delante de su protector por no atormentarle.

—¡Me quieren arrancar del suelo en que habita el sol de mi existencia.... el hombre por quien vivo y á quien mataría mi partida! ¡No, jamás! Ven, tú, tierna avecilla, que me recuerdas su amor y su constancia;—añadió acariciando al lindo canario que le regaló el día que se ausentó de Texcoco, y que le tenia en una jaula próxima al sillón que ocupaba.—Ven, tú que me repites á todas horas en tus sonoros trinos, en la agitacion de tus preciosas alas, *que me ama y me amará en la ausencia, y que tenga esperanza en su constancia y su fé...* Ven, y contempla las lágrimas que vierto por quien fué tu dueño... por quien te envió á mis manos.... y si algun día el destino, compadecido de mis penas y las tuyas, realiza las bellísimas esperanzas que sostienen aún mi abatido espíritu, tú le dirás lo mucho que le amo.... la profunda tristeza que me mata.... la inquietud y la zozobra en que vivo desde el instante en que la revolucion estalló en la capital.... lo presente que su imagen está en mi memoria.... que ni un instante me he olvidado de él.... que él es el objeto de todo

mi amor, de todos mis afanes, el centro de atraccion en que giran todas mis ideas, todos mis pensamientos, todas mis ilusiones, mi alma y mi vida....!

Y el llanto del amor, ese dulce bálsamo del corazón que refresca las heridas del alma, corrió en abundancia por su angélico semblante, pálido, suave y apacible como el melancólico disco de la plateada luna.

Clotilde habia caido en una languidez mortal desde el día en que sonó el cañon fratricida en la capital.

El peligro en que creia envuelta la vida de Leopoldo afectó su enfermo corazón.

Ausente de él; retirada en una poblacion en que no daba un paso sin tener á su lado al inícuo Duval que le atormentaba á todas horas hablándole de su frenético amor, su salud, ya quebrantada, decayó de tal manera, que se encontró sin fuerzas para salir de su alcoba.

Allí, al lado de la bondadosa Inés, y en tregada á la tristeza que le consumia, esperaba resignada el momento en que brilla-

se el día de la justicia y de la inocencia de su amante.

Pero por próximo que este instante propicio viese, ¿viviría para presenciarlo?

Hé aquí el pensamiento que le asaltaba con frecuencia, y que le hacia verter un raudal de lágrimas.

La infeliz conocia que su salud empeoraba visiblemente.

Que cada día que pasaba era una hoja arrancada á la flor de la esperanza que el cierzo de la muerte sacudia.

Imposibilitada por su caimiento y debilidad para salir, permanecia en su alcoba trayendo á la memoria la impresion terrible que habia dejado en su ánimo la muerte del desgraciado á quien sacaron ahogado de la sima del pintoresco Molino de Flores, la noche del día en que ella, por primera vez, lo visitara.

Cada vez que su imaginación se fijaba en aquel funesto suceso, se ponía pálida, sus delicados miembros temblaban, y el terror se retrataba en su semblante.

Don Emilio, instigado por el doctor, vol-

vió otras veces, en distintos días, á tratar con Clotilde sobre lo conveniente que seria un viaje á Europa; pero viendo la resistencia de la jóven, y temiendo hacerse odioso á sus ojos, manifestó á Willey que era inútil todo empeño, y no se volvió á hablar mas del asunto.

Sin embargo, Clotilde temia que se insistiese mas tarde en el proyecto de arrancarla del país en que existia para ella todo lo que hacia agradable su vida, el hombre cuya imágen estaba grabada en su corazón, y esto la inquietaba y destruía su salud.

Entre tanto el cañon retumbaba en las calles de México, sembrando la muerte y el espanto entre los hijos de un mismo suelo, que se entretenian en miserables rencillas domésticas, cuando el enemigo exterior arrojaba sus destructores proyectiles sobre la invicta Veraacruz que, abandonada á los aislados esfuerzos de su heroica y corta guarnicion, combatia contra el colosal poder de los Estados-Unidos del Norte.